

YOLANDA MORA DE JARAMILLO (1921-2005): UNA MUJER MODERNA

ROSARIO JARAMILLO

Actriz y pedagoga. Especialista en voz escénica con maestría interdisciplinar en teatro y artes vivas.

Yolanda fue una fuente de inspiración para mí, como lo fue también para mi hermano, el pintor Lorenzo Jaramillo (q. e. p. d.). Creo que los dos fuimos artistas en gran parte por la influencia de su personalidad y por la forma como nos educó. Admiré a Yolanda: era para mí una mujer extraordinaria, tanto por su original manera de ser como por su historia personal. Fue una mujer “de avanzada” para su época, perteneció al grupo de mujeres que entre los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado fueron pioneras en el estudio y la enseñanza de las ciencias sociales y se convirtieron en las primeras etnólogas del país. En los años sesenta Yolanda fue una de las primeras antropólogas graduadas en el Instituto Colombiano de Antropología, antiguo Instituto Etnológico Nacional.

Persona muy vital, activa e independiente, supo disfrutar la vida. Fue una apasionada por las expresiones culturales. Una de sus cualidades que más me atraía era que, siendo intelectual, estaba profundamente ligada al arte y al universo femenino. De hecho, por un lado se especializó en las artes populares y en la cultura de la alimentación y, por otro, aprendió el oficio de esteticista, relacionado con la belleza y el cuidado del cuerpo femenino y, además, de sus intereses por la moda. Yolanda tenía una elaborada autoestima y una contundente consciencia de sí misma. Desde muy joven supo lo que quería de la vida tanto en lo profesional como en lo sentimental y logró obtenerlo, realizarse plenamente y ser feliz. La única sombra en su vida fue la tragedia de perder a su hijo, mi hermano Lorenzo, cuando él tenía 36 años y era un pintor reconocido en el ámbito artístico colombiano de los años noventa. Sobrellevó esta pérdida con gran valor y entereza.

Yolanda nació el 13 de junio de 1921 en Bochalema, un pueblo entre Cúcuta y Pamplona, en Norte de Santander, en una familia liberal acomodada, propietaria rural. Su padre y sus tíos, con los que tuvo muy poca relación, participaron en la Guerra de los Mil Días. Siendo

huérfana de padre y madre desde muy temprana edad, Yolanda mostró su gran inteligencia y su afición por los libros y el estudio: en el internado en Pamplona al cual entró desde los cuatro años, y donde pasó su niñez, se volvió la consentida.

A los trece años manifestó sus ímpetus de independencia, dejando su natal Santander para seguir sus estudios en Bogotá, al contrario de la usanza de la época, y entró becada al Instituto Pedagógico Nacional. En 1940, a sus 19 años, comenzó su carrera profesional de maestra en ciencias sociales y económicas en la Escuela Normal Superior y fue allí donde conoció a Jaime Jaramillo, reconocido como una figura central en la nueva historia de Colombia, mi papá. Siendo él su profesor, tuvieron un noviazgo durante tres años, interrumpido por la beca que él ganó para ir a estudiar historia a París, en la Sorbona. Se volvieron a encontrar diez años después y a los tres meses se casaron. Yolanda lo esperó esos años pues, a pesar de tener pretendientes durante ese tiempo —como lo fueron, entre otros, el poeta Eduardo Carranza, (quien le dedicó un poema titulado “Yolimur”) y el pintor Hernando Tejada—, siempre tuvo el fuerte deseo y la certeza de que su pareja tenía que ser Jaime Jaramillo.

En ese lapso fue maestra en Cali y luego viajó a Nueva York, ciudad en la que vivió dos años gracias a su herencia y donde hizo su primer curso de esteticista. De esa época hay una anécdota que me toca mucho y que quisiera rescatar: me confesó que si volviera a vivir le hubiera gustado ser actriz, y me regaló la obra *Un tranvía llamado deseo* de Tennessee Williams, volumen en inglés que compró allá para leerlo antes de ir a ver la obra en Broadway, nada más ni nada menos que con Marlon Brando y Vivian Leigh. Al volver a Bogotá fue secretaria en una compañía petrolera norteamericana; su círculo de amigos de entonces era el de los pintores que marcaban la vanguardia en nuestro país.

Se casó con Jaime y viajaron a Alemania, donde vivieron varios años, porque él fue invitado como profesor al Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Hamburgo, donde nació Lorenzo, su primer hijo. Yolanda aprendió alemán y adoptó muchas costumbres de allá, que la acompañaron toda la vida. Por su espíritu independiente y moderno, de Alemania viajó a París a hacer su segundo curso de esteticista, trabajo que ejercería a su regreso a Bogotá para estar cerca de sus pequeños hijos, Lorenzo y yo, la recién nacida. Con sus

hijos ya en edad escolar, estimulada por mi papá, retoma sus estudios en ciencias sociales, haciendo la especialización en Antropología, en el Instituto Colombiano de Antropología. En esta misma institución trabajó varios años como investigadora de planta hasta su jubilación. Fue una asidua colaboradora de la Revista Colombiana de Antropología durante muchos años.

Escribió dos libros: *Cerámica y ceramistas de Ráquira* (1974) y *Alimentación y cultura en el Amazonas* (1985). Gracias al apoyo de mi papá, pudo ausentarse los meses que exigían sus trabajos de campo. Recuerdo que nosotros íbamos a visitarla, siempre asombrados de las condiciones tan austeras en las que vivía. En Ráquira, por ejemplo, vivió en el segundo piso de una vieja casa de campo sin luz. Recuerdo que viajamos por todo Boyacá, visitando iglesias de pequeños pueblos remotos, con ruanas y comiendo almojóbanas. En Cuatrobocas, un caserío en la costa Atlántica, donde hizo una investigación de alimentación, yo tenía como seis años, ella tuvo que sacarme sin ayuda médica un nuche que se me enquistó, estirándome la piel del estómago hasta que el bicho salió vivo. Cuando hizo la investigación sobre el conocido barniz de Pasto, recuerdo que nos llevó a conocer los talleres de los artesanos que elaboraban las grandes figuras de los carnavales de negros y blancos. Fueron momentos inolvidables de nuestra infancia. Recuerdo también las dificultades y peligros que enfrentó y superó al final de su carrera como investigadora, cuando empezaba el narcotráfico y ella hacía su trabajo en el Amazonas: la creyeron una informante del Estado.

Ella, a su vez, fue solidaria con mi papá; compartió sus intereses y apoyó sus ideales, sus investigaciones, sus viajes y sus cargos en el extranjero, permitió el desplazamiento de toda la familia, lo acompañó y participó de las actividades académicas y diplomáticas. En estos viajes nos demostró su gran sentido práctico y nos llevó a ver museos, teatro y conciertos. Su lema era: “A la tierra que fueres haz lo que vieres”. Irrumpía en las cocinas a pedir recetas y a aprender los secretos de la gastronomía y los ponía en práctica para deleite nuestro. Así adquirió la fama de ser una gran anfitriona. De sus correrías llegaba siempre llena de coloridas artesanías que alegraban nuestra casa junto con los libros, los cuadros, las esculturas y las matas. Era gran lectora y una apasionada por el cine. Le gustaban el fútbol, las revistas de moda

francesas y practicaba yoga. De carácter fuerte pero de temperamento dulce y tranquilo, nos inculcó el valor de los idiomas, su entusiasmo por la vida, el amor y la pasión por las distintas manifestaciones del arte.

Bogotá, 21 de marzo de 2013.